

Libros

16

VIÑETAS

11-S

El autor de *Maus* plasmó en este libro su visión del 11-S y su furia por el uso manipulador que el gobierno estadounidense hizo de la tragedia buscando beneficio político. «SIN LA SOMBRA DE LAS TORRES». ART SPIEGELMAN. RESERVOIR BOOKS. 29,90 EUROS



Luchadoras

De la abortada revolución en Asturias en 1934 al Mayo del 68, esta es la historia de tres mujeres tratando de vivir con dignidad a través de algunos de los momentos más duros de la Historia europea. «LAS DAMAS DE LA PESTE». JAVIER COSNAVA / RUBÉN DEL RINCÓN. DIBBUKS. 16 EUROS



Sarcasmo

Monstruo espagueti nació hace tres años en forma de blog y enseguida tuvo éxito por su visión sarcástica de la vida. Ahora se reúne en un libro para seguir repartiendo collejas. «MONSTRUO ESPAGUETI». ANASTASIA BENGOCHEA. LA CÚPULA. 10,50 EUROS



TEXTOS: MANUEL MUÑOZ

Walk on the Wild Side

Washington D. C.

POR MANUEL VILAS



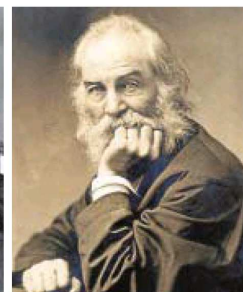
En su viaje por Estados Unidos, Manuel Vilas llega a la capital. Un paseo a la sombra del presidente Lincoln

El escritor Frank G. Slaughter nació en Washington D. C., pero parece que nadie se acuerda de él. Le robó la fama Martin Luther King, que fue quien dijo aquello de «I Have a Dream» al pie de la celeberrima estatua de Abraham Lincoln. Washington D. C. tiene dos fantasmas: Lincoln y la democracia. A Abraham Lincoln le descerrajaron un tiro en la cabeza en el teatro Ford, que aún se conserva en pie. La estatua de Lincoln transmite una monumentalidad hierática, lejana. Quiero decir que no puedes subirte a la estatua y hacerte una foto al lado de Lincoln. No es una estatua interactiva. La ves y, una vez vista, te largas.

Washington D. C. no es una ciudad grande, tiene los mismos habitantes que Sevilla. Y tiene una piscina descomunal llamada *Lincoln Memorial Reflecting Pool*, en la que no te puedes bañar y nadar un rato. Es una piscina diseñada para que en sus aguas se refleje la gravedad de la democracia americana. Un mausoleo acuático de carácter fúnebre, una piscina interminable: cuando has caminado hasta la mitad, te entra hambre, sueño y ganas de estar en tu casa viendo la tele.

TODO LO QUE RODEA A LINCOLN ES FÚNEBRE. El rostro de Lincoln ya era triston en vida. Y creo que Lincoln trae mala suerte. Se la trajo a Martin Luther King, que más que un sueño, tuvo una pesadilla, y se la trajo a Richard Nixon. Al lado de Lincoln, no se te ocurra decir nada memorable o seguro que te pegan un tiro.

Lo mejor que puedes hacer en Washington es alojarte en una *suite* del hotel Willard. El mundo se divide entre quienes pueden alojarse en una *suite* del Willard y quienes no pueden hacerlo. Allí durmieron los Rolling Stones. Hay fotos de famosos en el lobby del hotel, famo-



Con la Historia hemos topado

O, por lo menos, con ella se encuentra cara a cara Manuel Vilas en Washington D. C. De arriba abajo y de izquierda a derecha, Abraham Lincoln, Martin Luther King, Walt Whitman, los Rolling Stones y Francis y Zelda Scott Fitzgerald con su hija «Scottie»

so que se hospedaron aquí como Tom Cruise o Plácido Domingo. Lola Flores también se alojó en el Willard, pero no tiene foto.

Las fotos del lobby del Willard conforman un canon de la celebridad que debería ser estudiado en las universidades. Hay una *suite* famosa que cuesta cinco mil dólares la noche. Pero no tiene mucho sentido que alguien que se permite una *suite* de cinco mil dólares comparta la puerta de entrada del hotel y el lobby y el ascensor con un huésped que se paga una habitación de doscientos cincuenta dólares, que también las hay en el Willard.

No basta con que tu habitación sea más grande si tienes que compartir el ascensor con un tipo que ha pagado veinte veces menos que tú. Le pregunté por este asunto a un recepcionista del Willard y me aclaró un misterio teológico del capitalismo VIP: hay una entrada y un ascensor para huéspedes especiales. El mundo es cómico. De la profundidad de esa co-

media solo puede dar cuenta la literatura. Gracias a la profundidad de esa comedia comemos algunos escritores.

EN LA BIBLIOTECA DEL CONGRESO DUERMEN millones de libros. Todo escritor español, o francés, o chino, eso da igual, que pisaba esa Biblioteca quería comprobar si estaban allí sus libros, pero eso era antes, hace mucho tiempo; ahora ya da pereza hacer cosas así, ahora ya da pereza todo porque todo es inútil y ocioso. De modo que esos treinta millones de libros son como treinta millones de rinocerontes caídos en combate. Los libros parece como que ya no importan demasiado. Pero cuidado: la literatura sí sigue importando. No son la misma cosa.

La que sí está muy viva es la poesía de Walt Whitman. El autor de *Canto a mí mismo* vivió en Washington. En la actual Galería Nacional de Retratos estuvo anteriormente la oficina de Estados Unidos de Patentes (*US Patent Office*), donde Walt

Whitman trabajó algún tiempo. Ese edificio, durante la entretenida Guerra Civil americana, se transformó en barracón y hospital, y allí Whitman leía, como un Lorca con barba, poemas a los soldados heridos. Según la leyenda, muchos soldados se dejaban herir en el frente para que Whitman les leyera poemas mientras le tiraban de la barba con las manos ensangrentadas y le decían: «¡Oh capitán, mi capitán, me muero!»

A unas quince millas de Washington D. C. -en la llamada zona de los suburbios-, en la Iglesia Católica de Santa María, en un pequeño jardincito adyacente a esa iglesia, en un lugar llamado Rockville, está la tumba de Francis Scott Fitzgerald y de su esposa, Zelda, y también la tumba de «Scottie», la única hija de la desdichada pareja. Los tres juntos de nuevo. Nunca estuvieron tan juntos como ahora. La familia unida. Rezo un *Walk on The Wild Side* al pie de la tumba del mejor novelista de su tiempo y una lágrima verde resbala por mi mejilla.

Printed and distributed by PressReader
PressReader.com • +1 604 278 4604
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW